

cante llano de quinientos pies de largo por trescientos de ancho, donde vivía el hermano del individuo que había tomado el censo en San Andrés, quien me mostró algunas ruinas antiguas que había cerca.

Contenían éstas unas pequeñas protuberancias de tierra, ruinoso asiento de un pueblecillo que pudo no haber pertenecido á la tribu huichola, cosa significativa, puesto que la región ocupada por ésta, hasta hace poco, se extendía por lo menos cincuenta millas más al norte. Descendimos luego como trescientos pies para bajar á una barranca donde vi dos cuevas juntas, enteramente bajas y con las paredes interiores cubiertas por completo con figuras esculpidas que representaban en su mayor parte culebras, soles y *genitalia* de mujer, que indudablemente se debían á los huicholes.

Hubiera querido buscar cráneos en algunas cavernas un poco más lejanas y próximas al río, de una de las cuales sabía por el *shaman* que estaba llena de esqueletos, entre los que había una figura de piedra; pero hubiera sido difícil llegar á ellas desde donde estábamos, y se habrían requerido por lo menos dos días. Como el tiempo no era nada bueno y se acumulaban nuevamente las nubes, comprendí que debía desechar tal proyecto, por temor de que el río volviera á crecer y me detuviera un mes más.

Habían cumplido bien con su encargo los hombres que envié para limpiar el camino de maleza en los pasos mas dificultosos, de suerte que pudimos bajar sin tropiezo hasta regiones más cálidas y llegar á un terreno parejo en el arroyo de Tepexte. No era aquél un lugar particularmente atractivo para que descansáramos, pues había poca ó ninguna yerba para las bestias en la densa espesura tropical que lo rodeaba; el agua estaba como á una hora de distancia en el arroyo del fondo, y lo peor de todo era que el piso en que teníamos que dormir se veía cubierto de guijarros donde anidaban numerosos alacranes. Al

punto como se dispuso el campamento, Pablo que á pesar de su aspecto juvenil era un *shaman* bien experimentado, tomó las precauciones necesarias contra los dañinos insectos. Echó agua en una jícara y puso en ella un poco de maíz molido, con lo que hizo una ofrenda al dios en la fogata que habíamos encendido, arrojando un poco de la mixtura con su dedo índice hacia los cuatro costados del fuego y en el centro; anduvo enseguida alrededor de nuestro campamento para hacer análogo sacrificio, por tres veces, á los escorpiones, asegurando con esto que el Dios del Fuego nos diera salud y dicha, y el Hermano Mayor Escorpión, su consentimiento de no picarnos. Los temibles bichos quedaron satisfechos, al parecer, con el tributo recibido, pues á pesar de su abundancia no punzaron á nadie.

Llovió copiosamente aquella noche, y el siguiente día tuvimos un camino muy pesado. Alcanzamos á ver el río, que corría á distancia oscuro y lodoso. Parecióme muy ancho, pero se me sosegó el corazón cuando los indios me declararon á una voz que estaba "seco," lo cual quería decir que era vadeable. Nos dimos prisa á seguir el sinuoso camino que desciende de la colina, llegamos al río y lo cruzamos sin detenernos. Aunque el agua estaba alta, pasamos sin ningún accidente, y me sentí más tranquilo cuando vi del otro lado á todos los hombres, mulas y collecciones, pues no había ya ninguna otra corriente que pasar. Una hora después, el agua, que había estado aumentando toda la mañana debido á las lluvias caídas en lo alto de su curso, comenzó á hincharse con gran rapidez, haciendo peligroso el vado. En la noche hubiera sido imposible cruzarlo y nadie sabe el tiempo que me habría detenido si llego á la orilla una ó dos horas más tarde.

Una de las bestias de carga, al ascender el banco del río, perdió pie y quedó casi muerta. Cuando Pablo subió





Fragmento de una cinta huichola. Dibujo duplicado de flores.

al pobre animal, me dijo: “¿Cómo quiere Ud. que le vaya bien á una mula que carga á un muerto? Es claro que pronto morirá.” Con esto comprendí que los huicholes participan también de la superstición de los muertos, tan común en todo México, y que mis indios no sólo sabían que había sacado una calavera de Guayabas, sino hasta cual de los animales la llevaba. Los indios, en efecto, saben cuanto ocurre en su país, aunque los viajeros no lo sospechen, y tienen conocimiento, en un grado que sorprende, de cuanto sucede fuera de su región, que de algún modo les interesa, casi como si recibieran periódicos y telegramas.

Desmontamos la maleza de un antiguo pueblo situado como á cien pies sobre el río, y dispusimos nuestro campamento. Los huicholes no pudieron darnos ninguna idea en cuanto al origen de aquellas rudas y bajas paredes de piedra, hoy apenas reconocibles. Dormí dentro de un pequeño recinto circular de piedras puestas de canto, en cuyo diámetro ajustaba exactamente mi cama. Aquellas ruinas pertenecen sin duda al mismo período que las demás antiguas habitaciones mencionadas.

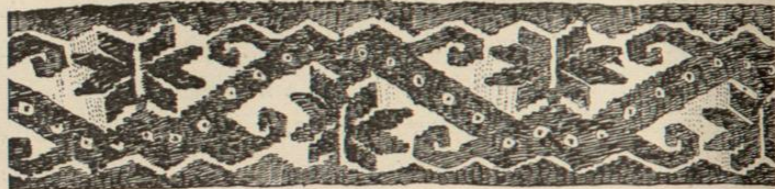
La siguiente mañana proseguimos activamente nuestro camino por tierras cubiertas de espesa hierba, hasta lo alto de la ladera que forma el lado oriental del valle. Podía verse muy bien al norte la hacienda de San Juan Capistrán, pero aunque había un vado en el río por aquella parte, me dijeron que en esa época del año rara vez se puede pasar con mulas de carga. Había una especie de balsa de transporte ó batanga, construída para la hacienda, pero que no

nos prestaba suficientes garantías, porque según nos dijeron, se volcaba con frecuencia debido á su mala construcción y á la inexperiencia de quienes la manejaban.

Conforme íbamos avanzando se ampliaba más y más la vista hacia el norte. La cadena occidental disminuía de altura extraordinariamente y al E. y N.E. del río se ensanchaban los bajíos que poco á poco iban elevándose de nuevo hacia Huejuquilla el Alto. Al oriente se tendía el ancho y fértil valle en donde se hallan los pueblos de Soledad y Tezompa, que pertenecieron antiguamente á los huicholes, quienes recuerdan todavía que tienen templos en ambos lugares; pero esa parte del país ha pasado recientemente á poder de los “vecinos.”

Al acercarme á las colonias mexicanas, me inquietaba constantemente el temor de que alguna persona extraña tuviera la curiosidad de comunicarse con mis sencillos arrieros y sacarles algunas de mis mejores cosas, aun sin tener idea de su valor. La comitiva de indios de ambos sexos, extrañamente vestidos y cargados de objetos de vistosos colores ofrecía un espectáculo raro que sin duda llamaría la atención. Procuraba yo que fuesen todos juntos, pero tentados por las maduras frutas del nopal, se empeñaban en adelantarse ó quedarse atrás con sus curiosas cargas, asegurándome que conocían los engaños de los mexicanos y sabrían librarse de ellos. Como una legua al este de la Soledad, llegó á mi campamento un rico del pueblo, examinó mis objetos con gran curiosidad y mostraba empeño en conocer el motivo de mi visita. “¿Será para reconocer las tierras?” le preguntó suspicazmente á uno de sus compañeros. Poseía más que los otros, y tal vez sentía algún escrúpulo de conciencia por haber privado á los huicholes de sus propiedades. Al saber que vendía arroz de Tepic, envié á Pablo á comprarle un poco, y saboreé una vez más este alimento que por largo tiempo no había podido obtener.





Fragmento de cinta huichola. Dechado de totós.

La cordillera oriental de la región huichola consiste, al norte, donde íbamos viajando, de colinas que corren alineadas de norte á sur, alcanzando algunas hasta siete mil pies, y haciéndose más bajas hacia el norte. Al sur de los dos pueblos la mesa asciende poco á poco y es menos fértil. El Valle de Mezquitic, al este de la cordillera, es mucho más ancho y de mayor elevación que el de la región de los huicholes. Al este de Mezquitic y hacia Zacatecas, las cadenas de montañas tienden todavía á correr de norte á sur, pero están ya fuera de la Sierra Madre; y donde se encuentran los grandes, anchos y fértiles valles de Jerez y Villanueva, la región emerge gradualmente hacia la Mesa Central de México.

Al disponernos para la marcha la próxima mañana, echamos de menos una de las mulas y perdimos todo un día en buscarla. Era en extremo difícil conseguir que los indios se empeñasen en hallarla, pues aunque los envié en diferentes direcciones, volvían la mayor parte de ellos, al cabo de media hora, diciéndome que no la habían visto en ninguna parte, y cuando algunos duraban más, probablemente empleaban el tiempo acostándose á dormir en cualquier lugar fresco. Se necesita una paciencia casi sobrehumana para contar con la ayuda de los huicholes, que son reacios á salir de su lentitud y no tienen idea de lo que razonablemente se debe esperar de ellos. Es una exasperación la imposibilidad en que se ve uno para hacerlos moverse en los casos urgentes, dificultad mucho mayor cuando el desconocimiento de su lengua viene á agravar

la situación. Algunos ni siquiera responden cuando se les dirige la palabra. Si les daba alguna orden, solían contestarme: "Estoy comiendo," ó "Julián irá, yo estoy ocupado," etc., y si quería yo que la cocinera le diera prisa á la comida, estaba seguro de encontrarla espulgando á su hombre.

¿Qué podía yo hacer? Se enojaban con facilidad, y si me encolerizaba, al punto se me iban sin detenerse siquiera á cobrar su salario. Es bastante duro vivir entre los indios, muriéndose de hambre para estudiarlos, aunque los datos que se obtienen compensan ciertamente de todas las privaciones; pero depender de ellos durante un viaje, es cosa terrible. Tenía, pues, que conformarme con todo; darles mis órdenes de la manera más clara, tal como si hablase á niños; repetirles mis palabras tres ó cuatro veces, y consolarme después filosóficamente con la idea de que hasta un caracol ascendió una vez á la cumbre de una montaña. Sin embargo, se había una ventaja en aquellas paradas forzosas, y era que las mujeres tenían tiempo para hacer tortillas. Se requiere más trabajo de lo que es de suponer en la preparación de ese alimento nacional de México; las dos cocineras tenían, durante el viaje, que trabajar hasta muy tarde por la noche y desde muy temprano por la mañana, para hacer una provisión escasamente suficiente para toda la comitiva. El metate iba cargado sobre una de las mulas, y las mujeres tenían que llevar los demás utensilios de cocina, jarros, bules, etc., los cuales, aunque ño pesaban mucho, las fatigaban en los días calurosos, y constantemente necesitaba mostrarme condescendiente.

Acostumbran decir los mexicanos que se puede hacer trabajar á los huicholes mientras algo se les da; pero que abandonan á uno al punto como deja de obsequiarlos. Hay además que usar de discreción, pues los indios, mientras más se les da, más quieren, lo cual es un peligro para el



viajero liberal. Ni siquiera se consideran obligados por los regalos que reciben ó las atenciones que se les guarden, sino que á pesar de tales favores pedirán, por cuanto quiera comprárseles, cantidades tan altas como antes de que se les favorezca. Con todo, si se les hace entender que se



Pablo.

les ha dado mucho y ellos por su parte pueden corresponder con algo, comprenden la bondad de la oferta y la satisfacen. Una de las cocineras sólo consentía en trabajar á petición de su marido. Era joven dócil y de muy buen carácter, pero que dependía enteramente de los caprichos de su amo y señor, de cuyos celos estaba temerosa. Él era poco menos que un tuno; su primera mujer se le había huído, y la actual, una ocasión que recibió de él una buena tunda, lo amenazó con seguir el ejemplo de la precedente; pero por fortuna la pareja se había reconciliado antes de mi salida de San Andrés y consintieron en acompañarme. La devoción de la joven por su marido no parecía disminuir no obstante algunos disgustos que tenían. Continuaba mostrándose muy reservada y cuidadosa en su conducta, atreviéndose á penas á mirar á ninguno por temor de que le hablasen y provocar con ello la cólera de su hombre. Éste apreciaba tal sumisión, y por el momento la felicidad parecía brillar para ambos. Como verdaderos amantes indios, mostraban su afecto del

modo común á todos los pueblos primitivos. Ella había perdido todo su pelo por una reciente enfermedad, y aunque el que le había salido estaba todavía corto, se daba él sus mañas para halárselo.

De hecho, el amor desempeñaba importante papel para hacerme adelantar en mi viaje, pues poco hubiera conseguido sin la inclinación que le tenía á Pablo mi otra cocinera, que ansiosa por conservar el cariño de éste, hubiera molido, á pesar de su pereza, por todo un día á la menor indicación suya. Pablo le había enseñado también á contestarme al punto que yo le hablaba, no como las demás mujeres que me mostraban su modestia volviéndome silenciosamente la espalda.

Afortunadamente nunca he carecido, durante mis viajes entre los indígenas, de algún amigo que alivie las molestias que acompañan inevitablemente á tales excursiones. Dicho amigo, en esta vez, era Pablo, que manifestaba valiosísimas cualidades y verdadera amistad por mí. Mientras los otros perdían el tiempo en inútiles proyectos para encontrar la mula perdida, él se me presentó de repente ofreciéndome buscarla. "Le aseguro á Ud., me dijo, que no volveré sin haberla visto." Me contó que una vez, yendo al país del jículi, había perdido en el mismo lugar una mula que encontró siguiendo una tortuosa vereda del bosque. Proveyóse, pues, de alimento para el caso de que tuviese que dormir fuera, esperando, sin embargo, que volvería al amanecer, á tiempo para nuestra salida; pero regresó en la noche: había encontrado la mula pastando con algunas yeguas salvajes. Como hubiera sido inútil tratar de agarrarla, no habiendo corral hacia donde cortar las yeguas, resolví dejar á la mula y enviar después por ella desde Mezquitic.

Pablo, aunque bajo de cuerpo, era un individuo fuertemente constituido y que despertaba desde luego la simpatía con la expresión gentil y bondadosa de su rostro. Juzgo



que tendría como treinta y dos años, pero parecía mucho más joven. Había venido del noroeste del país, y su pueblo, cuyo distrito tenía antiguamente un nombre propio, celebraba su culto en el de San José. Era de maneras afables y gozaba de mucho partido con las mujeres, aunque aun no se había decidido á tomar una. Siendo libre é independiente de atenciones de familia, no tuvo reparo en resolverse á acompañarme, y mientras más duraba conmigo, más servicial lo veía. No había en él, cosa rara, los dos principales defectos del carácter huichol, inclinación al robo y á la pereza. Como todos sus paisanos, era lento para moverse, pero siempre que lo llamaba estaba seguro de que vendría, más ó menos pronto, aunque no siempre antes de que se me agotara la paciencia. Era de lamentar en él que, como el José de Mr. Pickwick, podía dormirse á cualquiera hora, después del almuerzo, á medio día y en la tarde, y como siempre se le encontraba durmiendo, parecía ser ésa su principal ocupación. No podía encomendarle que cuidase de nada, pues inevitablemente se quedaba dormido á poco rato. Enviéle una vez por agua, y como no le advertí la necesidad de que volviera pronto, se detuvo para bañarse y regresó á las dos horas en vez de venir á los quince minutos. Pero siempre desarmaba mi cólera con su buen natural. Á veces no dejaba de reprenderlo duramente, en grado tal que cualquiera de los otros me hubiera dejado; pero Pablo no lo hacía, pues me tenía tanta paciencia como yo á él, y como nunca me engañaba, acabé por dispensarle sus debilidades.

Aunque vestía á la manera de los indios huicholes, hablaba español bastante bien, por haber estado trabajando en los algodones y siembras de maíz de tierra caliente, de suerte que al menos me entendía cuando le hablaba y podía comunicar mis órdenes á los demás. También logré de este joven *shaman* muchos valiosos informes con respecto á su tribu. Sabía todo lo concerniente á las

prácticas religiosas, hábitos y costumbres de sus compatriotas, quienes unánimemente declaraban que había de ser con el tiempo un gran sacerdote. Como aprendí á mirar las cosas desde el punto de vista que él mismo lo hacía, siempre me hablaba con la sinceridad y convicción que manifiesta un buen *shaman* á quien una vez ha ganado su confianza.